

tan contigo. ¿Qué culpa tienen los demás de que tú no seas dueño de tus pasiones, para que se comunique á los inocentes tu hiel y tu amargura? Si tú no te puedes sufrir á ti mismo, es injusticia y es cosa muy dura que los que no tienen parte en tu enfermedad carguen con tus incomodidades. Si estás sujeto á esos accesos de tristeza, de melancolía y de mal humor, toma los remedios mas convenientes para curar una dolencia tan contraria á la virtud, y aun opuesta á las leyes de la sociedad y del comercio humano. El mal humor es natural en su causa, pero siempre es libre en sus efectos. Si es falta, la debes corregir; si es pasión, la debes mortificar y vencer. Hácese incurable porque se contempora con ella, y porque se la deja salir con lo que quiere sin contradecirla. Luego que conozcas que va á apuntar el mal humor, haz cuanto puedas para domarle, para sufocarle, ó á lo menos para que no salga hácia afuera. Nunca te has de mostrar mas agradable, mas apacible, mas cortésano ni mas cariñoso que cuando estés de mal humor.

2 Es mal remedio huir de la conversacion y del comercio cuando se está con mala disposicion, y no es curarla, sino fomentarla y hacerla mas violenta. Todo lo contrario se ha de practicar; se la ha de fatigar con el ejercicio. Nada la debilita mas que las frecuentes victorias. Tambien la oracion es excelente remedio contra esta enfadosa enfermedad. Ella siempre seca la devocion, y quita el gusto á los ejercicios espirituales; por lo mismo entonces mas que nunca has de ser puntualísimo en todos ellos, y aun convendrá que añadas algunos mas. Esto doma y debilita maravillosamente el mal humor.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN FRANCISCO, confesor, fundador del orden de los Menores, en Asis en la Umbria: cuya vida llena de santas obras y de milagros escribió S. Buenaventura. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS CRISPO Y CAYO, en Corinto; de los cuales hace mencion S. Pablo escribiendo á los Corintios. (Dice en la 1.^a cap. 1.^o: «Gracias á Dios porque no he bautizado á ninguno de vosotros sino á Crispo y Cayo; para que ninguno diga que en mi nombre habeis sido bautizados.» Y en la Carta á los Romanos, cap. 16, dice tambien: «Salúdaos Cayo, mi huésped, y toda la Iglesia.» De estas palabras han inferido algunos que S. Pablo vivia en Corinto en la casa

de Cayo, quien tenia sus puertas abiertas á todos los pobres, principalmente á los cristianos.)

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCOS Y MARCIANO, hermanos, y una multitud cuasi innumerable de personas de ambos sexos y de todas edades; de los cuales unos despues de haberlos azotado, otros despues de haberlos cruelmente atormentado de varias maneras, unos fueron echados á las llamas, otros sumergidos en el mar, algunos degollados, muchos muertos de hambre, otros crucificados, otros colgados por los pies boca abajo; alcanzando todos la muy preciosa corona del martirio.

SAN PEDRO, obispo y mártir, en Damasco; quien habiendo sido acusado al principe de los árabes de que catequizaba á los infieles, despues de haberle cortado la lengua, las manos y los pies, le crucificaron y alcanzó la palma del martirio.

LOS SANTOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS CAYO, FAUSTO, EUSEBIO, QUEREMON, LUCIO Y SUS COMPAÑEROS, en Alejandria: de los cuales unos fueron martirizados en la persecucion de Valeriano, otros sirviendo á los mártires consiguieron la recompensa del martirio.

SAN HIJOTREO, en Atenas, discipulo del apóstol S. Pablo. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN PETRONIO, obispo y confesor, en Bolonia, esclarecido en santidad, doctrina y milagros.

SANTA AUREA, virgen, en Paris.

SAN FRANCISCO DE ASÍS, CONFESOR.

EL grande patriarca S. Francisco, tan célebre en todo el universo por el brillante resplandor de sus virtudes, admiracion del mundo cristiano por el total desasimiento de los bienes de la tierra, y uno de los mayores santos que venera la Iglesia en sus altares, fué natural de la ciudad de Asís, en la provincia de Umbria. Vió la primera luz del mundo el año de 1182, y nació en un humilde establo, donde cogieron á su madre de repente los dolores del parto, y allí mismo le parió; queriendo el Señor que el que habia de hacer una vida tan parecida á la de Jesucristo, le imitase hasta en el lugar de su pobre nacimiento. Su padre Pedro Bernardono y su madre Pica eran mercaderes, y vivian del comercio. Llamósele Juan en el bautismo; pero despues se le dió el nombre de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria entonces para negociar á los comerciantes de Italia.

No pusieron sus padres el mayor cuidado en su buena educacion. Luego que tomó una leve tintura de las primeras letras, le aplicaron al comercio. Era Francisco mozo de entendimiento, de buena disposicion, de corazon noble y generoso, muy compasivo de las necesidades ajenas; sus modales atentos, gratos,



S. FRANCISCO DE ASÍS.

afables y naturalmente airosos y cortesanos le distinguian mucho entre los demás mancebos de su profesion, y le ganaban los corazonces de todos. Gustaba mas de la diversion que del interés; pero tenia horror á la disolucion, y su admirable pasion desde la misma infancia fué la caridad. Era para él un gran tormento no poder dar limosna al pobre que se la pedia. Pidiósele en cierta ocasion un mendigo á tiempo que estaba vendiendo no sé qué género; y habiéndosela negado, ó por inadvertencia, ó por no interrumpir la venta, fué tanto su dolor que rompió inmediatamente tras del mismo mendigo, dióle todo el dinero que llevaba consigo, y prometió á Dios no negar limosna en adelante á pobre alguno que se la pidiese.

No eran para él ni el ruido de la negociacion ni el aire de un mostrador. Eran muy diferentes los intentos del Señor; pero la disipacion de Francisco no le permitia comprender estos misterios, hasta que un suceso de poco gusto le hizo entrar algo mas dentro de sí mismo. En cierta diferencia que los vecinos de Asis tuvieron con los de Perusa fué Francisco uno de los mas acalorados en la defensa de sus derechos. Tomaron unos y otros las armas, vinieron á las manos, y aunque Francisco se señaló mucho por su valor, fué hecho prisionero, y como tal estuvo un año en Perusa. Este retiro comenzó á disgustarle del mundo, pero no le convirtió. Luego que logró su libertad se vió acometido de una larga y molesta enfermedad, que ni por eso le hizo mas devoto. Cuando convalació de ella se mandó hacer un vestido rico y muy de moda. El mismo dia que le estrenó se encontró con un hombre muy conocido, pero muy pobre, cubierto de unos indecentes andrajos, dióle su vestido nuevo y él se acomodó con sus trapos. La noche siguiente le pareció ver en sueños un magnífico palacio, lleno todo él de armas resplandecientes y bruniadas, pero todas marcadas con la señal de la cruz. Despertó, y se persuadió, sin la menor duda, á que la Providencia le destinaba para ser un gran capitán. Con esta idea se le exaltó mas aquella gran pasion que tenia por la gloria. Partió inmediatamente á la Pulla, y ofreció sus puños y su valor á Gautier, conde de Brienne, que auxiliado de Felipe Augusto, rey de Francia, mandaba en aquella provincia un numeroso ejército contra los enemigos de su casa; pero presto le volvió á llamar á Asis otro misterioso sueño, en que le dió á entender el Señor no queria sirviése á otro amo que á él. Comprendió entonces que la milicia á que le llamaba el superior destino era enteramente espiritual; que él mismo y sus pasiones eran los enemigos que debia combatir. Res-tituido, pues, á Asis, dejó el comercio, y solo trató de cono-

cer la voluntad de Dios para dedicarse á lo que su Majestad queria de él.

Saliendo un dia á pasearse á caballo por el contorno de Asis, encontró á un pobre leproso, que al principio le llenó de asco y horror; pero reflexionando en el mismo punto que para seguir á Jesucristo era menester dar principio venciendo á sí mismo, sin mas deliberar se apea intrépidamente del caballo, acércase al leproso, abrázale, bésale, dale todo el dinero que llevaba, vuelve á montar, y quedó gustosamente admirado y sorprendido cuando ni allí ni en toda la campiña vió al leproso, ni descubrió á otra persona alguna. Enternecióle mucho este suceso, y desde entonces resolvió no pensar en otra cosa que en caminar á la perfeccion, no hallando ya gusto en nada sino en la oracion, en el retiro y en la soledad. Deshaciase un dia en lágrimas acordándose de sus culpas pasadas, y se le apareció Jesucristo crucificado como á punto de espirar. Enternecióle mucho mas este espectáculo, y fué tanta la impresion que hizo en su alma, que en el resto de su vida no acertaba á hablar de la pasion de Jesucristo sino con sollozos, con gemidos y con un copioso llanto.

Pero no fué este solo el efecto que produjo en su corazon aquel divino objeto. Apoderóse tan violentamente de él un ardentísimo deseo de imitar la pobreza y los trabajos de Cristo, que ya no encontraba gusto sino en estar con los leprosos y con los pobres. Hizo un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los santos apóstoles; al salir de la iglesia encontró á la puerta una tropa de pobres que estaban pidiendo limosna á los devotos; repartió entre ellos todo el dinero que llevaba; dió su vestido á uno que estaba medio desnudo; cubrióse él con sus asquerosos harapos; y mezclándose entre los demás mendigos, pasó con ellos todo aquel dia. Era Francisco naturalmente presumido y aseado, gustando mucho no solo de la limpieza, sino de la magnificencia en el vestido; pero aquella noble victoria estinguíó enteramente en él una y otra pasion: de manera, que parecia haber nacido en él la humildad y el abatimiento, siendo desde aquel punto la pobreza su virtud favorecida.

Poco despues que se restituyó á Asis, haciendo oracion en la iglesia de S. Damian, distante como cuatrocientos pasos de la ciudad, que estaba amenazando ruina, oyó una voz como que salia de un Crucifijo, que le mandaba repararse aquella iglesia. Parecióle que era la voz del mismo Jesucristo; resolvió obedecerla ciegamente; vuélvese á su casa, toma muchas piezas de paño, parte á Folini, véndelas todas, y tambien el caballo que

las llevaba; vuélvese á Asís, pero se va en derechura á la casa del capellan que cuidaba de la iglesia de S. Damian; ruégale que le hospede en ella, y entrégale todo el dinero de los géneros que habia vendido para que se reparase aquella iglesia. El capellan convino gustoso en hospedarle en su casa; pero no hubo forma de admitir el dinero que le ofrecia, por no tener cuestiones ni pleitos con su padre, y Francisco puso el dinero sobre una ventana. Estuvo algunos dias en compañía del buen capellan, empleándolos en ayunos, en vigiliass, en disciplinas y en oracion, hasta que al cabo de ellos vió venir á su padre ciego de cólera, y gritando que su hijo le habia robado. Escapóse el Santo por evitar aquellos primeros impetus, y por algunos dias estuvo escondido en una cueva; pero acusando despues su cobardia, salió de aquel retiro determinado á sufrir todo lo que se le ofreciese; déjase ver en las calles de Asís totalmente desfigurado y asqueroso; creen todos que ha perdido el juicio, y en un instante se ve perseguido de la griteria y de los silbidos de los muchachos. Acudió su padre al ruido y á la algazara; llévale arrastrando á casa; añade palos á las reprensiones; enciérrale en un cuarto como á loco; y ofreciéndosele por entonces un viaje, dejó muy encargado á su mujer que le tuviese en buena custodia. Desconfiada enteramente la madre de vencer la constancia de su hijo, le puso en libertad, y Francisco se volvió á S. Damian en compañía de aquel buen clérigo. Noticioso Bernardono de lo que pasaba al volver de su viaje, parte derecho á S. Damian, con mas sentimiento de perder sus paños que de perder su hijo; pero éste lleno de nuevo valor, y animado del espíritu de Dios, le sale al encuentro, y le dice: *Padre, yo soy mas hijo de Dios que tuyo; no quiero servir sino á aquel: tú ya no tienes nada conmigo, porque estoy en servicio de mejor amo que tú.*—Siendo esto así, respondió el padre, *restituyeme mi dinero, y ven á renunciar tu herencia delante del obispo.*—*Que me place,* replicó Francisco, y luego que se vió en presencia del obispo, sin dar lugar á que su padre hablase palabra, se despojó de todos sus vestidos, quedándose solo con un cilicio ancho que le mortificaba y le cubria; entregóselos á su padre, y le dijo: *Hasta ahora te llamaba padre; de aquí adelante diré con mas confianza: Padre nuestro, que estás en los cielos.* Asombrado y enternecido el obispo á vista de tan generoso despojo, le abrazó y le cubrió con su ropa hasta que se halló con el capisayo de un pastor, con el cual le abrigó; y dándole su bendicion, le despidió y le envió á su ermita.

Era á la sazón Francisco de veinte y cinco años, cuando rotas

todas las cadenas de la carne y sangre, y desprendido de todos los bienes temporales que le habian detenido en el siglo, partió á buscar una soledad muy distante de allí, cantando por los caminos las alabanzas del Señor en lengua francesa. Encontróse en un bosque con unos ladrones, regaláronle con muchos palos, y le arrojaron en un hoyo lleno de nieve. El grandísimo consuelo que tuvo en padecer alguna cosa por amor de Jesucristo le desquitó con ventajas de los malos tratamientos; y el Santo contaba despues este suceso como una de las buenas fortunas que habia tenido en su vida.

Llegando á Eugubio le conoció un amigo suyo, hospedóle en su casa, y le vistió con una pobre túnica. Creciendo cada dia mas y mas su amor á Jesucristo, se puso á servir á los leprosos en el hospital, y conociendo que volvía á retoñar el asco y la repugnancia, se arrojó sobre el pobre que le causaba mas horror, abrazóle, besóle, y en el mismo punto quedó el leproso enteramente sano. Pero acordándose que Jesucristo le habia mandado reparar la iglesia de S. Damian, se volvió á Asís, pidió limosna para repararla, y se salió con ello. El mismo trabajaba con los peones y albañiles, de manera que en breve tiempo se vió la iglesia reedificada; cuyo suceso le animó á emprender tambien la reedificacion de la iglesia de S. Pedro, é igualmente se salió con este intento.

Estaba abandonada y casi enteramente arruinada la iglesia de nuestra Señora de los Angeles, por otro nombre la *Porciúncula*, llamada así porque era una porcioncilla de cierta posesion que tenian allí los monges Benedictinos. Inspiróle el deseo de repararla el tierno amor y la extraordinaria devocion que profesaba Francisco á la santísima Virgen. Consiguiólo á espensas de las limosnas y de su trabajo. Esta iglesia, distante seiscientos pasos de Asís, fué donde el Santo recibió despues tan grandes favores del cielo, y fué tambien como la cuna de su seráfica religion. Oyendo un dia misa en ella, y cantándose aquellas palabras del Evangelio en que dice Jesucristo á sus discípulos: *No querais tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes llereis alforja, dos túnicas, ni zapatos ni báculo (Matth. 10.);* de repente se sintió Francisco alumbrado con una luz sobrenatural, é inflamado su corazon con un nuevo encendidísimo deseo de aspirar á la mas elevada perfeccion; y conociendo que esto era puntualmente lo que Dios queria de él, tomó por regla el consejo evangélico que acababa de oír. Al punto se descalzó los zapatos, arrió el báculo, renunció para siempre el dinero, quedóse con una sola túnica, y echando de sí el cinto de cuero con

que la tenia sujeta , se ciñó con una tosca cuerda. Despues que practicó á la letra en esta conformidad lo mas perfecto que habia oido , sintió en lo interior vivos impulsos de salir en público á predicar penitencia. Como el ejemplo acompañaba á las palabras , no es posible contar el número sin número de conversiones que hizo luego que comenzó á predicar. Quedaban todos atónitos , y ninguno le podia oír sin convertirse. Sus sermones eran sencillos , pero sólidos y eficaces. Algunos no contentos con oírle , le quisieron imitar , y dejando todo cuanto tenian se pusieron bajo su direccion y gobierno. El primero fué un ciudadano de Asís llamado Bernardo de Quintabal ; el segundo un canónigo de la misma catedral , por nombre Pedro de Catania ; y el tercero fué el beato Fr. Gil á quien el Santo escogió por compañero.

Luego que se vió Francisco con estos tres discipulos , determinó formar de ellos una como congregacion para ir por todas partes predicando penitencia. Creció presto hasta siete el número de sus compañeros , y en breve tiempo llegó al número de doce. Entonces , tomada la bendicion , y recibida la mision del obispo , se esparcieron por todas partes aquellos nuevos apóstoles predicando penitencia. Llamábanlos *los Penitentes de Asís* , y no eran conocidos por otro nombre ; pero á vista de las portentosas conversiones que hicieron , los veneraron como á hombres extraordinarios enviados por Dios para reformar las costumbres de todo el mundo cristiano , y para mudar el semblante de todo el universo , tanto con la eficacia de sus palabras , como con la virtud de sus asombrosos ejemplos.

Este fué el nacimiento de aquella religiosísima familia , tan célebre en toda la redondez de la tierra por la evangélica perfeccion de su instituto , por un infinito número de doctores , de mártires y de santos , una de las mas nobles y mas preciosas porciones del rebaño de Jesucristo , que por el largo espacio de mas de quinientos años es la admiracion de todo el universo , objeto tierno de la veneracion del público , y uno de los mas brillantes ornamentos de la Iglesia. Esta seráfica orden , cuya santidad respetan todas las naciones , ha dado á la Silla apostólica cuatro grandes pontífices Nicolao IV , Alejandro V , Sixto IV y Sixto V ; un prodigioso número de obispos , arzobispos , patriarcas y cardenales , con tanta multitud de ejemplares religiosos , que aun viviendo el santo fundador se contaban mas de seis mil.

Viendo S. Francisco que cada dia iba creciendo mas y mas el número de sus discipulos , compuso una regla , que en términos muy sencillos contenia los mismos preceptos que los habia dado ,

y quiso que sus hijos le guardasen como segunda ley despues del Evangelio. El obispo de Asís , con quien el Santo consultaba todas sus cosas , era de parecer que se reservase algunas rentas para proveer á la subsistencia de los frailes ; pero S. Francisco se mantuvo firme en su dictámen , y no quiso absolutamente que tuviesen otras rentas que las de la divina Providencia y caridad de los fieles.

Era ya preciso que se confirmase el nuevo instituto , y á este fin partió á Roma nuestro Santo ; pero el papa Inocencio III no quiso ni aun siquiera que le hablasen en el punto , tratando de iluso y de visionario al santo patriarca. No se desalentó Francisco por este mal recibimiento ; antes se retiró con humildad , y recurrió á la oracion. Aquella noche tuvo el papa un sueño en que le pareció que nacia á sus mismos pies una pequeña palma , la que en breve tiempo crecia hasta ser un árbol robusto y corpulento , notando tambien que aquel pobre á quien habia despedido con tanto sacudimiento , sostenia con sus espaldas la iglesia de S. Juan de Letran , que desnivelada ya , venia con lastimoso estrago á dar en tierra. Luego que despertó mandó buscar á Francisco , y apenas le oyó hablar , cuando reconoció entre aquel aire de humilde sencillez uno de los mayores santos de la Iglesia. Abrazóle , animóle á llevar adelante su empresa ; aprobó la regla de viva voz , y ordenándole primero de diácono , le declaró despues por ministro general.

Colmado S. Francisco de favores y de bendiciones del sumo pontífice , salió de Roma con sus doce compañeros determinados todos á morir á sí mismos , y vivir únicamente con la vida de Jesucristo. Habiendo llegado al Valle de Esopoletto , consultaron entre sí si seria mas seguro para ellos quedarse en aquella soledad para no tener mas comercio que con Dios. Pero en una fervorosa oracion que tuvo nuestro Santo le dió el Señor á entender que los habia escogido para trabajar en la salvacion de las almas , predicando penitencia en todas partes , así con sus ejemplos como con sus sermones. Enterados ya de la voluntad de Dios , se restituyeron á la iglesia de la Porciúncula que los habia cedido la religiosa generosidad de los PP. Benedictinos. Al principio construyó Francisco algunas pocas celdillas ; pero en breve tiempo concurrió de todas partes tanto número de pretendientes á serlo en el de sus hijos , que fué menester fabricar muchos conventos. Clamaron por ellos Cortona , Arezzo , Vergoreta , Pisa , Bolonia , Florencia y otras muchas ciudades ; de manera , que en menos de tres años se contaban mas de sesenta monasterios. No fué el menor de los milagros de S. Francisco

esta propagacion tan prodigiosa y tan pronta de su religiosa familia; pero uno de los mayores milagros que se han visto en la Iglesia de Dios fué la misma vida de este portentoso Santo.

Ninguno de cuantos veneran los altares le hizo ventajas en la mortificacion. Era continuo su ayuno, sin que jamás se dispensase en él por sus escesivos trabajos. Casi nunca comia cosa cocida, y siempre negó á sus sentidos todo aquello que los podia halagar. Si en lo que le daban de limosna encontraba algun gusto particular, por mínimo que fuese, que lisonjease el apetito, luego lo sazónaba con ceniza. Trataba á su cuerpo con tanto rigor y con tanto desprecio, que le llamaba el jumento; y por su gusto solo se habia de sustentar con cardos silvestres. Su cama ordinaria era la desnuda tierra, y una dura piedra por almohada. Su hábito en todos tiempos era una sola túnica, sin arrimarse nunca á la lumbre en lo mas riguroso del invierno, supliendo la falta del fuego material el del divino amor que le abrasaba; pareciéndole que no le podia reconocer Jesucristo por discípulo suyo si no crucificaba su carne y la maceraba con extraordinario rigor. Siendo muy blando y muy compasivo con sus hijos, solo era severo consigo; ni en su zelo se advirtió jamás el menor asomo de amargura. Despues de haber empleado el dia en predicar, en servir á los enfermos, y en todo género de obras de misericordia y ejercicios de caridad, pasaba la mayor parte de la noche á los pies de un Crucifijo, ó delante del santísimo Sacramento, deshaciéndose en lágrimas. No solo se mostraba un serafin todo abrasado de fuego en los frecuentes raptos que padecia, visitándole en ellos Jesucristo y la santísima Virgen, sino que todas sus oraciones eran unos éstasis continuos. Su semblante estaba siempre inflamado con aquel divino fuego que le abrasaba dia y noche; por eso le llamaban el *Serafin humano*, y por eso se dió el nombre de *Seráfica* á su sagrada religion. Pero lo que daba mayor relieve á su elevadísima virtud, era su profundísima humildad. No hubo en el mundo hombre puro mas humilde que este gran Santo. En medio de tan extraordinarios favores del cielo no creia hubiese en toda la tierra mayor pecador que él. Hallándose tan iluminado con aquellas divinas ilustraciones, con aquellas luces sobrenaturales que recibia en su íntima comunicacion con Dios, en fuerza de las cuales habia logrado aquel comprensivo conocimiento de la religion, que solo Dios puede comunicar á una alma querida y privilegiada. Francisco nunca salia de su primera simplicidad, y penetrado intimamente de su nada, se tenia por mas despreciable que el mas vil gusano de la tierra. Nunca se pudo resolver á ordenarse de

sacerdote, y por este mismo espíritu de humildad dió á su orden el nombre de la religion de los frailes menores. En fin, resplandecian tanto en todo el mundo las virtudes de S. Francisco, era tan admirada su eminente santidad, que lo menos que asombraba á todos, tanto á los grandes como al pueblo, eran sus estupendos milagros. Por eso nunca se dejaba ver en el púlpito, que no se deshiciese en lágrimas todo el auditorio; sin que hubiese sermón ni aun conversacion particular á que no se siguiesen ruidosas y admirables conversiones. Hallándose en Roma, donde consiguió que el cardenal Hugolino fuese nombrado protector de la orden, quiso el papa oírle predicar. Fué muy brillante y muy autorizado el auditorio; pero mucho mas maravilloso fué el fruto de su predicacion: compungieronse los cardenales, y el papa no pudo contener las lágrimas todo el tiempo que duró el sermón.

Mientras los hijos de S. Francisco se iban extendiendo por todo el universo con tan inmenso fruto, inspiró Dios á Sta. Clara que se pusiese debajo de su direccion. Hizo con ella tan ventajosos progresos en el camino de la perfeccion, que renunciando los grandes bienes que poseia, á ejemplo de su santo director, fué fundadora de una de las mas santas y mas ilustres religiones de monjas que hay en la Iglesia de Dios. Dispúsolas S. Francisco una regla conforme á su primer instituto, llamándose al principio *las Señoras pobres*, y despues las *Clarisas*, ó las religiosas de Sta. Clara.

Movidas de los sermones y de los ejemplos de S. Francisco y de Sta. Clara innumerables personas casadas de uno y otro sexo, deseaban todos retirarse á los claustros para pasar en penitencia los dias de la vida; pero haciéndolas reconocer nuestro Santo que en todos los estados se podian santificar, y que no era incompatible el conyugal con una vida cristiana y penitente, las dió cierta forma de vida proporcionada á su estado, y esta fué la tercera regla de su orden. Dió el nombre de hermanos y de hermanas á las que querian entrar en esta especie de congregacion, que se llamó *la Tercera orden*, la cual florece hoy en el mundo con mucho bien y honor de la santa Iglesia.

Viendo el santo patriarca las bendiciones que derramaba Dios sobre su recién nacida religion, estendida ya por todas las provincias de Italia, todavía se consideraba como siervo inútil, y se tenia por tal. Pero al paso que crecia por instantes su tierno amor á Jesucristo, se inflamaba cada dia mas su ardiente caridad á los prójimos; y ya la Europa entera le parecia estrecho campo á su zelo. Con resolucion de pasar á Siria para anunciar el Evangelio á los sarracenos, tomó el camino de Roma para pedir al papa la licencia y su bendicion.